
Epístola a Mateo Vázquez

El texto se basa en el de Schevill y Bonilla, quienes fueron los últimos que manejaron los tres testimonios basados en el manuscrito. La modernización y puntuación son del editor.

[Epístola a Mateo Vázquez]

De Miguel de Cervante [sic], cautivo,
a M. Vázquez, mi Señor.

Si el bajo son de la zampoña mía,
señor, a vuestro oído no ha llegado
en tiempo que sonar mejor debía,
no ha sido por la falta de cuidado,
sino por sobra dél, que me ha traído 5
por extraños caminos desviado.

También, por no adquirirme de atrevido
el nombre odioso, la cansada mano
ha encubierto las faltas del sentido.

Mas ya que el valor vuestro sobrehumano, 10
de quien tiene noticia todo el suelo,
la graciosa altivez, el trato llano,
aniquilan el miedo y el recelo
que ha tenido hasta aquí mi humilde pluma

de no quereros descubrir su vuelo, 15
de vuestra alta bondad y virtud suma
diré lo menos, que lo más no siento
quién de cerrarlo en verso se presuma.

Aquel que os mira en el subido asiento
do el humano favor puede encumbrarse, 20
y que no cesa el favorable viento,
y él se ve entre las ondas anegarse
del mar de la privanza, do procura,
o por fas o por nefas, levantarse,
¿quién duda que no dice: “La ventura 25
ha dado en levantar este mancebo,
hasta ponerle en la más alta altura.

Ayer le vimos inexperto y nuevo
en las cosas que ahora mide y trata
tan bien, que tengo envidia y las apruebo?” 30

Desta manera se congoja y mata
el envidioso, que la gloria ajena
le destruye, marchita y desbarata.

Pero aquel que, con mente más serena,
contempla vuestro trato y vida honrosa, 35
y el alma dentro, de virtudes llena,
no la inconstante rueda presurosa
de la falsa fortuna, suerte o hado,
signo, ventura, estrella ni otra cosa,
dice qu’ es causa que en el buen estado 40
que agora poseéis os haya puesto,
con esperanza de más alto grado;
mas sólo el modo del vivir honesto,
la virtud escogida, que se muestra
en vuestras obras y apacible gesto, 45
ésta dice, señor, que os da su diestra
y os tiene asido con sus fuertes lazos,
y a más y a más subir siempre os adiestra.

¡Oh santos, oh agradables dulces brazos
de la santa virtud, alma y divina, 50

y santo quien recibe sus abrazos!	
Quien con tal guía como vos camina, ¿de qué se admira el ciego vulgo bajo, si a la silla más alta se avecina?	
Y puesto que no hay cosa sin trabajo, quien va sin la virtud, va por rodeo, y el que la lleva, va por el atajo.	55
Si no me engaña la experiencia, creo que se ve mucha gente fatigada de un solo pensamiento y un deseo.	60
Pretenden más de dos llave dorada; muchos, un mesmo cargo, y quien aspira a la fidelidad de una embajada.	
Cada cual por sí mismo al blanco tira do asestan otros mil, y sólo es uno cuya saeta dio do fue la mira.	65
Y éste, quizá, qu'a nadie fue importuno, ni a la soberbia puerta del privado se halló, después de vísperas, ayuno,	
ni dio ni tuvo a quien pedir prestado. Sólo con la virtud se entretenía, y en Dios y en ella estaba confiado.	70
Vos sois, señor, por quien decir podría, y lo digo y diré sin estar mudo, que sola la virtud fue vuestra guía,	75
y que ella sola fue bastante y pudo levantaros al bien do estáis agora, privado humilde, de ambición desnudo.	
¡Dichosa y felicísima la hora donde tuvo el real conocimiento noticia del valor que anida y mora	80
en vuestro reposado entendimiento, cuya fidelidad, cuyo secreto, es de vuestras virtudes el cimientio!	
Por la senda y camino más perfecto van vuestros pies, que es la que el medio tiene,	85

y la que alaba el seso más discreto.
 Quien por ella camina, vemos viene
 a aquel dulce, suave paradero,
 que la felicidad en sí contiene. 90

Yo, que el camino más bajo y grosero
 he caminado en fría noche oscura,
 he dado en manos del atolladero,
 y en la esquiva prisión, amarga y dura,
 adonde agora quedo, estoy llorando 95
 mi corta, infelicísima ventura,
 con quejas tierra y cielo importunando,
 con suspiros el aire oscureciendo,
 con lágrimas el mar acrecentando.

Vida es ésta, señor, do estoy muriendo, 100
 entre bárbara gente descreída
 la mal lograda juventud perdiendo.

No fue la causa aquí de mi venida,
 andar vagando por el mundo acaso,
 con la vergüenza y la razón perdida. 105

Diez años ha que tiendo y mudo el paso
 en servicio del gran Filipo nuestro,
 ya con descanso, ya cansado y laso;
 y, en el dichoso día que siniestro 110
 tanto fue el hado a la enemiga armada,
 cuanto a la nuestra favorable y diestro,
 de temor y de esfuerzo acompañada,
 presente estuvo mi persona al hecho,
 más de esperanza que de hierro armada.

Vi el formado escuadrón roto y deshecho, 115
 y de bárbara gente y de cristiana
 rojo en mil partes de Neptuno el lecho;
 la muerte airada, con su furia insana,
 aquí y allí con prisa discurriendo,
 mostrándose a quién tarda, a quién temprana; 120
 el son confuso, el espantable estruendo,
 los gestos de los tristes miserables

que entre el fuego y el agua iban muriendo; los profundos suspiros lamentables que los heridos pechos despedían, maldiciendo sus hados detestables.	125
Helóseles la sangre que tenían, cuando, en el son de la trompeta nuestra, su daño y nuestra gloria conocían.	
Con alta voz, de vencedora muestra, rompiendo el aire claro, el son mostraba ser vencedora la cristiana diestra.	130
A esta dulce sazón, yo, triste, estaba con la una mano de la espada asida, y sangre de la otra derramaba.	135
El pecho mío, de profunda herida sentía llagado, y la siniestra mano estaba por mil partes ya rompida.	
Pero el contento fue tan soberano qu'a mi alma llegó, viendo vencido el crudo pueblo infiel por el cristiano, que no echaba de ver si estaba herido, aunque era tan mortal mi sentimiento, que a veces me quitó todo el sentido.	140
Y en mi propia cabeza el escarmiento no me pudo estorbar que, el segundo año, no me pusiese a discreción del viento; y al bárbaro, medroso, pueblo extraño, vi recogido, triste, amedrentado, y con causa temiendo de su daño;	145
y al reino tan antiguo y celebrado, a do la hermosa Dido fue rendida al querer del troyano desterrado, también, vertiendo sangre aún la herida mayor, con otras dos, quise hallarme, ¹ por ver ir la morisma de vencida.	150
¡Dios sabe si quisiera allí quedarme con los que allí quedaron esforzados,	5 5

y perderme con ellos, o ganarme!
Pero mis cortos, implacables hados, 160
en tan honrosa empresa no quisieron
que acabase la vida y los cuidados,
y, al fin, por los cabellos me trajeron
a ser vencido por la valentía
de aquellos que después no la tuvieron. 165
En la galera Sol, que escurecía
mi ventura su luz, a pesar mío,
fue la pérdida de otros y la mía.
Valor mostramos al principio y brío,
pero después, con la experiencia amarga, 170
conocimos ser todo desvarío.
Sentí de ajeno yugo la gran carga,
y en las manos sacrílegas malditas
dos años ha que mi dolor se alarga.
Bien sé que mis maldades infinitas, 175
y la poca atrición que en mí se encierra,
me tiene entre estos falsos ismaelitas.
Cuando llegué vencido, y vi la tierra,
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra, 180
no pude al llanto detener el freno,
que, a mi despecho, sin saber lo que era,
me vi el marchito rostro de agua lleno.
Ofreciose a mis ojos la ribera
y el monte donde el grande Carlos tuvo 185
levantada en el aire su bandera,
y el mar, que tanto esfuerzo no sostuvo,
pues movido de envidia de su gloria,
airado entonces más que nunca estuvo.
Estas cosas, volviendo en mi memoria, 190
las lágrimas trujeron a los ojos,
movidas de desgracia tan notoria.
Pero si el alto cielo en darme enojos
no está con mi ventura conjurado,

y aquí no lleva muerte mis despojos, cuando me vea en más alegre estado, si vuestra intercesión, señor, me ayuda a verme ante Filipo arrodillado, mi lengua balbuciente y casi muda	195
pienso mover en la real presencia, de adulación y de mentir desnuda, diciendo: “Alto señor, cuya potencia sujetas trae mil bárbaras naciones al desabrido yugo de obediencia, a quien los negros indios, con sus dones, reconocen honesto vasallaje, trayendo el oro acá de sus rincones, despierte en tu real pecho el gran coraje, la gran soberbia con que una bicoca aspira de contino a hacerte ultraje.	200
La gente es mucha, mas su fuerza es poca: desnuda, mal armada, que no tiene en su defensa fuerte, muro o roca. Cada uno mira si tu armada viene, para dar a sus pies el cargo y cura de conservar la vida que sostiene.	205
Del amarga prisión, triste y oscura, adonde mueren veinte mil cristianos, tienes la llave de su cerradura. Todos, cual yo, de allá, puestas las manos, las rodillas por tierra, sollozando, cercados de tormentos inhumanos, valeroso señor, te están rogando vuelvas los ojos de misericordia a los suyos, que están siempre llorando;	210
y, pues te deja agora la discordia que hasta aquí te ha oprimido y fatigado, y gozas de pacífica concordia, haz ¡oh buen rey! que sea por ti acabado lo que con tanta audacia y valor tanto	215
	220
	225
	230

fue por tu amado padre comenzado.

Sólo el pensar que vas, pondrá un espanto
en la enemiga gente, que adevino
ya desde aquí su pérdida y quebranto.”

¿Quién duda que el real pecho benino 235
no se muestre, escuchando la tristeza
en que están estos míseros contino?

Bien parece que nuestro la flaqueza
de mi tan torpe ingenio, que pretende 240
hablar tan bajo ante tan alta alteza,
pero el justo deseo la defiende.

Mas a todo silencio poner quiero,
que temo que mi pluma ya os ofende,
y al trabajo me llaman donde muero.